

# EL SEGUIMIENTO DEL SEÑOR JESÚS Y LA VIDA MONÁSTICA. UNA PROPUESTA DE SÍNTESIS

*Marcos Buvinic Martinic<sup>1</sup>*

En el marco de una comprensión de los orígenes del monacato cristiano, y reconociendo el fenómeno monástico como una realidad largamente anterior al cristianismo y con manifestaciones variadas, pero convergentes, en diversas épocas y culturas, las cuales expresan la radicalidad con que el *hombre religioso* (*homo religiosus*) busca vivir el llamado que siente hacia la unidad en Dios, es entonces necesario intentar percibir el fenómeno a la luz de la originalidad de la fe cristiana y, por cierto, a partir de una comprensión fundamental de dicha originalidad.

## **I. La originalidad cristiana**

El centro de cualquier formulación de la originalidad cristiana nos remite a Jesús de Nazaret, a su existencia tal como nos es narrada por los evangelios, al sentido de su muerte y la afirmación de su resurrección, al testimonio de la fe que lo confiesa como Hijo de Dios<sup>2</sup>. Esta referencia a la totalidad del acontecimiento

---

1 El P. Marcos Buvinic fue ordenado sacerdote en 1981. Es miembro de la Asociación de Sacerdotes del Prado. Realizó sus estudios de teología en el Seminario Pontificio de Santiago y en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Obtuvo el doctorado en Teología Dogmática en Roma en 1989, en la Pontificia Universidad Salesiana.

2 En este texto damos por supuestas muchas afirmaciones que, aquí, no es el caso fundamentar, por ejemplo: nuestra posibilidad de acceso a Jesús y a su historia, el valor histórico de los evangelios como fuente fundamental para su conocimiento, la relación de Jesús con su entorno, la novedad que implica la confesión de fe cristiana como afirmación de un tipo de conocimiento verdadero y cierto, la comprensión que Jesús tuvo de sí mismo y la conciencia que tuvo de su misión, etc.; todo eso corresponde fundamentarlo adecuadamente en una cristología fundamental.

de Jesús de Nazaret constituye, al mismo tiempo, el criterio fundamental de que se está formulando dicha originalidad “desde dentro” de ella misma, y no como un observador externo. Por eso, en sentido estricto, una formulación de la originalidad cristiana siempre es una confesión de fe.

Es preciso, entonces, salir al paso de cualquier formulación de la originalidad cristiana que no tenga su centro en la persona de Jesús confesado como Señor, y que en su lugar se centre en algún aspecto de su vida y acción, como podría ser: su doctrina acerca de Dios, o acerca del hombre y del mundo; la dimensión moral de su vida y enseñanzas; las supuestas pretensiones políticas que tuvo; el lugar que ocupa su figura y doctrina en el panorama de la historia religiosa de la humanidad, o cualquier otro tipo de interés sectorial al margen de una confesión de fe en él como único Señor y Salvador de todo el género humano.

Los evangelios, como testimonio de fe de la comunidad, nos transmiten –en diversas formulaciones– un núcleo central de la conciencia de Jesús y de su anuncio: “*aquel a quien el Padre ha enviado al mundo [...] Yo soy el Hijo de Dios*” (Jn 10,36). La fe de la comunidad proclama y anuncia a Jesús desde este núcleo de su identidad: Jesús es **el Hijo, el Verbo encarnado, es el Enviado del Padre**<sup>3</sup>.

Confesar a Jesús como el **Hijo** que es el **Verbo encarnado** y **Enviado del Padre** significa acoger en Él un designio de Dios que abarca toda la historia –desde el origen absoluto hasta su consumación final–, un designio creador y redentor que, en Jesús, tiene su punto culminante como manifestación del amor salvífico de Dios por su creación y como revelación de Dios como comunión de amor que busca al ser humano para que entre en esa misma comunión del amor trinitario.

Así, confesar a Jesús como el **Hijo**, que es el **Verbo encarnado** y **Enviado del Padre**, es afirmar el carácter revelador y salvador de la totalidad de su existencia histórica, en sus diversos momentos y situaciones (“sus misterios”):

---

3 Conscientemente aquí estamos proponiendo un acercamiento a la originalidad cristiana que –en los tradicionales esquemas cristológicos– podría ser llamado una cristología “desde arriba” o “descendente”, propia de la llamada “escuela alejandrina”. No se trata de hacer aquí opciones teológicas, sino, simplemente, de una opción funcional a un tipo de texto que no requiere de otras fundamentaciones.

- su nacimiento en la familia sencilla y creyente que forma con sus padres: María y José (cf. *Lc* 2,1-28), y con la muy particular historia acerca de su concepción virginal (cf. *Mt* 1,18-25; *Lc* 1,26-38);
- su vida “normal”, sin nada que aparezca de relieve en relación a la vida de sus paisanos de Nazaret (cf. *Lc* 2,40.51-52; 4,22; *Mt* 13,54-58);
- su identificación con la cultura judía de su tiempo y –particularmente– con la condición de los habitantes de las aldeas galileas, asumiendo los condicionamientos sociales y religiosos propios de esta situación (cf. *Lc* 4,16.24.31-32.38-40; *Jn* 1,46;7,41.52);
- su identificación con un oficio (*tektón*), por el cual es reconocido entre los suyos (cf. *Mc* 6,3);
- su forma religiosa de vivir, propia de su ambiente, pero propia también de una decisión de vivir de cara a Dios (cf. *Mc* 1,12-13; *Lc* 4,16; *Jn* 6,15);
- su decisión de iniciar una vida de predicador itinerante para proclamar el acontecimiento decisivo del designio de Dios –el Reino–, y que va reuniendo una comunidad de discípulos y discípulas –pobres y sencillos galileos, como él– a quienes asocia a su misión y les confía sus enseñanzas y signos (cf. *Mc* 3,13-19; *Lc* 8,1-3; *Mt* 10,32-33; 16,13-20; *Jn* 15,16);
- su proclamación del Reinado de Dios como la acción decisiva de Dios en la historia y que ya está aconteciendo en su persona, con un alcance universal y comenzando “desde las orillas”, desde los pobres y marginados que están más expuestos a quedar fuera del designio salvífico; en su anuncio muestra –con obras y palabras– que si los pobres y marginados entran por gracia y misericordia en el designio de Dios, es señal de que todos pueden entrar (cf. *Mc* 1,14-15; *Lc* 5,29-32; *Mt* 12,28; 22,1-10, 25,31-46);
- su enfrentamiento con las autoridades religiosas de la teocracia judía que, a su vez, lo entregan en manos de las autoridades romanas con la acusación de subvertir el poder imperial (cf. *Mt* 23,1-36; *Mc* 14,53-65; 15,1-15; *Lc* 19,45-48; *Jn* 11,45-54);

- su condena a muerte y su ejecución en medio del abandono por parte de sus discípulos y la sola compañía de su madre con algunas mujeres y algún discípulo que permanece con ellas (cf. *Mc* 15,33-39; *Mt* 27,32-56; *Jn* 19,16-30);
- su sorprendente manifestación como el **Resucitado y Señor**, es la vida misma de Dios que se manifiesta en el **Siervo Crucificado** (cf. *Mc* 16,1-18; *Mt* 28,16-20; *Lc* 24,1-50; *Jn* 20,1-30; 21,1-23).

Confesar a Jesús como el **Hijo**, el **Verbo encarnado** y el **Enviado del Padre** es proclamar el acontecimiento único de su resurrección; es la proclamación de que algo único y definitivo ha ocurrido en Jesús:

- “*ha sido resucitado*”, según la clásica expresión del *kerygma* apostólico (cf. *Hch* 2,32; 3,15; 5,30,...);
- el protagonista del acontecimiento es Dios (cf. *Hch* 2,33; 4,10; 5,31; ...);
- es un asunto de fe: no hay testigos del hecho de la resurrección, sino testigos del encuentro con el **Resucitado** (cf. *Hch* 1,21-22).

Sin embargo, para el testimonio de la fe, lo que ha ocurrido en el **Señor Jesús**, si bien es la Novedad absoluta de la presencia y acción salvadora de Dios ante los dos grandes enemigos de la felicidad y plenitud del ser humano –el pecado y la muerte–, es también el cumplimiento de la esperanza mesiánica que Dios había ido manifestando a su Pueblo. En la resurrección, el amor siempre fiel del Padre da cumplimiento a lo anunciado en Is 52,13 ss.: el **Siervo** de Dios es exaltado y glorificado, y su camino de vida despojada y entregada revela la salvación de Dios como perdón y vida nueva:

*“El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús a quien ustedes dieron muerte colgándole de un madero. A éste le ha exaltado Dios con su diestra como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados” (Hch 5,30-32).*

La originalidad cristiana proclama **la glorificación del Siervo** como la revelación del dinamismo pascual; es decir, como el camino de la eficacia del amor de Dios. Es la eficacia del grano del trigo (cf. *Jn* 12,24) que se manifiesta como salvación en el sacrificio del **Hijo**. La obra de Dios es **la glorificación del Siervo**, de la cual provienen todos los frutos del amor siempre fiel de Dios (justificación, perdón de los pecados, salvación, vida nueva, comunión...).

De esta manera, en el **Siervo glorificado** (¡el Siervo ha tenido éxito!, cf. *Is* 52,13) se manifiesta la gloria de Dios que ama con fidelidad y no abandona a su **Hijo**, no abandona nunca la obra de sus manos. Así, la glorificación del Siervo es revelación del amor de **Padre** que lleva adelante su designio de plenitud contra toda fuerza destructiva, movido por su amor siempre fiel al **Hijo** (cf. *Jn* 16,32-33; 17,26). En la fidelidad del amor, la resurrección es la respuesta del amor del **Padre** a la obediencia filial del amor del **Hijo** (cf. *Hb* 5,7-9), haciendo del triunfo del **Siervo** la manifestación de la verdad del **Dios Trino** (cf. *Jn* 16,13-15; *Hch* 2,33), y así el testimonio de esta Novedad es obra del **Espíritu Santo** (cf. *Hch* 5,32). **Sólo el Espíritu puede testificar la verdad de Dios**, y esta verdad es del orden relacional: **la comunión de vida y amor del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo**.

El amor siempre fiel, que es la verdad del **Dios Trino**, manifiesta en la resurrección del **Siervo Crucificado** toda su fuerza inclusiva, pues la verdad de Dios incluye a la humanidad en el **Resucitado**. La resurrección es el anuncio del Dios verdadero que incluye la glorificación de lo humano; en las antiguas palabras de Ireneo de Lyon, “la gloria de Dios es la vida del hombre”<sup>4</sup>. De esta manera, en la resurrección del Crucificado, el **Padre** introduce por el **Espíritu Santo** al ser humano en la vida del Dios-Comunión, en su comunión de vida y amor y establece su **Iglesia**: “*la vida de ustedes está oculta con Cristo en Dios*” (*Col* 3,3).

---

4 *Adv. Haer.*, IV, 20, 7, en IRENEO DE LYON, *Contra los herejes*. Edición preparada por Carlos Ignacio González (Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, Universidad de San Marcos, Lima, 2000), p. 336.

## II. El seguimiento del Señor Jesús

Frecuentemente usamos la expresión “seguimiento de JesuCristo” para referirnos a nuestra decisión de acogerlo como único Señor y Maestro en nuestra vida, decisión que asumimos en respuesta al llamado personal que Él hace. Sin embargo, antes de cualquier acción y decisión nuestra, el “seguimiento de JesuCristo” es el modo en el que Él nos acompaña en la vida; es decir, **el Señor Jesús toma la iniciativa**, nos busca y nos llama, **“nos va siguiendo”** como hizo con los que iban en el camino a Emaús (cf. *Lc* 24,13-35). Nos va siguiendo en nuestra vida e invitándonos a una respuesta: seguirlo a Él.

Nuestro seguimiento de JesuCristo nace de nuestra acogida a JesuCristo que nos ha ido siguiendo, buscando, llamando e invitando a una respuesta: el seguimiento de Jesús es, en primer lugar, una proclamación de la prioridad de la acción del Señor, de la primacía de la gracia.

En su seguimiento y en su llamado, el Señor Jesús se dirige a unas personas concretas para algo muy concreto (cf. *Mc* 1,16-20):

- **ser sus discípulos** → una relación personal con el Maestro (cf. *Jn* 1,35-39) para una comunión de vida. El Señor Jesús en el llamado a los discípulos rompe con la tradición rabínica: es Él quien escoge a sus discípulos, hombres y mujeres, y hace discípulos y apóstoles allí donde no parece haber “materia prima” (hasta de los endemoniados [*Mc* 5,20] y los perseguidores [Pablo: *1 Tm* 1,12-16]). En esa comunidad de los discípulos está aconteciendo el nacimiento de la Iglesia, la cual sólo podrá existir si permanece siempre como comunidad de discípulos del único Maestro y del único Señor;
- **para una misión** → ser “*pescadores de hombres*” (*Mc* 1,17); el llamado es para el testimonio y anuncio, para ser testigos de la Buena Nueva del Señor Jesús y su Evangelio.

El seguimiento del Señor Jesús es un **seguimiento apostólico**, es un **“ven para que vayas”**. Esto es importante en la perspectiva de la vida consagrada, también –por cierto– para la vida monástica, como renuncia al mundo y “reserva para Dios”; no es porque el Señor Jesús necesite a alguien para sí, sino para

enviarlo en su nombre y ponerlo como signo en el mundo. Entonces, no se trata de un “seguimiento apostólico” comprendido y vivido como un elenco de tareas, o para realizar tal o cual trabajo, sino que se trata de la comprensión de la propia vida en clave de una misión de seguimiento y envío, de testimonio y anuncio en el don de sí mismo, en un camino de configuración –por obra del Espíritu– con el Siervo despojado, entregado y glorificado.

Las modalidades de nuestra respuesta al seguimiento del Señor Jesús pueden ser diversas, según sea la llamada que se recibe y discierne, según sean las características propias del sujeto y las circunstancias de la historia; allí se despliega toda la riqueza de las diversas vocaciones y carismas de la vida cristiana. Pero... hay un solo camino a recorrer, el mismo camino que recorrió Jesús (“*Yo soy el Camino*” Jn 14,6) hacia su glorificación y que es **el camino del Siervo**, un camino que históricamente va de Belén al Calvario, de la pobreza del Pesebre al despojamiento total de la Cruz, vivido en clave pascual; es decir, desde el triunfo y la glorificación del Siervo. Por eso, es un camino que se recorre en la fuerza y en la esperanza de la Pascua.

En la *kénosis* del **Siervo** se revela el modo de la manifestación de Dios en el mundo y la eficacia de su acción salvífica; así, la participación en “*los trabajos*” del Siervo (cf. *Is* 53,11) es la forma del seguimiento del Señor Jesús, cuyo **éxito y fecundidad** le vienen de su absoluta obediencia y docilidad al Espíritu en su sufrimiento a favor de “*los muchos*” (cf. *Mc* 10,45). En sus “*trabajos*”, el **Siervo** no opone resistencia a los tiempos y a los caminos del Padre, y rechaza la lógica mentirosa de otros modos de ser Mesías que se le propone en todas las tentaciones: en el desierto, en las plazas, en el Templo, en la oración solitaria en el huerto y en el madero de la cruz. El seguimiento del discípulo será el aprendizaje necesario para entrar en la obediencia y en la pobreza –hasta el don total de sí mismo– con las que el Señor Jesús recorrió su camino como testigo del amor siempre fiel.

En el seguimiento de Jesús, la comunidad de los discípulos –la Iglesia– no tiene otra senda que recorrer que el **camino del Siervo**: así lo proclama el Concilio Vaticano II, pues así “como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está llamada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar a los hombres los frutos de la salvación” (*LG* 8). La identidad de la Iglesia, comunidad de discípulos, está configurada desde toda la eternidad por el camino del Siervo, camino que ella está llamada a recorrer en el seguimiento del **Primogénito** (cf. *I Co* 1,26-31).

En esta vocación que ha recibido, la comunidad de los discípulos es permanentemente tentada a recorrer otros caminos de éxitos mundanos y tentada a buscar otras eficacias –distintas de la entrega obediente del Siervo– en el despliegue de su misión. De ahí, que siempre el seguimiento del Señor Jesús significa entrar en el combate espiritual del Siervo, en su tenacidad para recorrer su camino hasta el final sin permitir que nada ni nadie lo aparten de él, y en su mansedumbre para recorrerlo confiando pacientemente en la respuesta de los hombres; es el seguimiento en **el amor que confía sin medida**.

El seguimiento del Señor Jesús en su camino de Siervo es la manifestación de la transformación que Dios quiere hacer con toda la humanidad; más aún, **el Hombre Nuevo, el “modelo” de la Humanidad Nueva es el Siervo**. No es un seguimiento dolorista, sino que es el combate por el Hombre Nuevo que se manifiesta en la exaltación del Siervo constituido *“Primogénito de toda la creación”, “Primogénito de entre los muertos” (Col 1,15.18)*. Él es el **Primogénito** que encabeza la marcha del nuevo Pueblo de Dios *“llevando a muchos hijos a la gloria” (Hb 2,10)*, a quienes *“no se avergüenza de llamarles hermanos” (Hb 2,11)*.

Así, en síntesis, el seguimiento del Señor Jesús:

- es gracia que nos precede, nos busca y nos llama,
- es la capacidad que recibimos (cf. 2 Co 3,5) para responder al llamado a recorrer el mismo camino del Señor Jesús,
- es comunión de vida con el Siervo en la comunidad de los discípulos, asumiendo la misión de anuncio y testimonio,
- es participación en *“los trabajos”* del Siervo y combate ante toda tentación mundana de búsqueda de otras eficacias,
- es el combate por el Hombre Nuevo –que es el Hijo, el Primogénito–, recorriendo el camino en obediencia y pobreza, en tenacidad y mansedumbre,
- es un seguimiento vivido como una práctica de inclusión que, comenzando por los últimos, no deja a nadie afuera: todos están llamados a hacerse

discípulos porque todos están llamados a ser hijos en el Hijo, el Siervo glorificado, que avanza en la historia “*llevando a muchos hijos a la gloria*” (Hb 2,10).

### III. La Palabra de Dios hecha carne y la vida monástica

El Señor Jesús no fue un monje –al menos, según las formas de vida monástica propias de las tradiciones religiosas anteriores a Él–, sino que su figura, al tenor de su aparición en los evangelios, se asemeja más a la de un predicador itinerante que se presenta y actúa junto a una comunidad de discípulos y discípulas que lo acompañan en su vida de peregrino. No hay ningún indicio que permita afirmar que la tradición de la que provienen los textos evangélicos reconozca en Él una figura de tipo monástico; más bien, al momento de reconocerlo por algún rasgo que se manifieste en Él, los evangelios lo reconocen por su oficio de carpintero (*tektón*, cf. Mc 6,3).

Sin embargo, ocurre un fenómeno singular: por una parte, no resulta posible encontrar en la existencia histórica del Verbo encarnado, aquellos rasgos que configuraban en su diversidad el fenómeno de la vida monástica: salida del mundo, presencia de un maestro y de ritos de iniciación, prácticas ascéticas y austeridad de vida (a Jesús sus adversarios lo acusaban de ser “*un comilón y un borracho*”: Mt 11,18-19), una vida en soledad. Pero sí se verifica en el Señor Jesús la asunción del celibato y de la pobreza voluntaria según la vida itinerante (cf. Mt 10,37-39; Lc 9,57-58; 14,25-33). Por otra parte, en la vida del Señor Jesús es posible encontrar recreados de un modo propio y original esos otros rasgos que habían caracterizado las formas de vida monástica:

- **salida del mundo** → si bien en el Señor Jesús no se encuentra una separación de la vida secular y de la sociedad profana, sí se encuentra una “salida” en cuanto al modo de estar presente y vivir en ella (“*estar en el mundo sin ser del mundo*”).

Esta “salida” no se encuentra simbolizada en acciones, gestos o signos rituales (uso de vestimenta distintiva, formas de clausura, noviciado, etc...), sino en el modo de una existencia no–mundana en medio del mundo (cf. Jn 17,15-16);

- asunción del **celibato** y práctica de la **pobreza voluntaria** → se encuentran claramente presentes en el Señor Jesús como una opción de vida que no admite lugar a dudas (cf. *Lc* 9,57-58) y que, al mismo tiempo, es parte de las enseñanzas del Señor Jesús a los discípulos (cf. *Lc* 14,25-33; 18,24-27; *Mt* 19,10-12);
- **vida solitaria** → ciertamente, el Señor Jesús no vive apartado en la soledad del desierto de Judea, sino en medio de los habitantes de los pueblos y ciudades donde va predicando mientras “*recorría toda la Galilea*” (cf. *Mt* 4,23), y lo hace acompañado de los discípulos y discípulas; pero Él busca los momentos para retirarse en soledad a orar, al punto que en los evangelios se presenta como una práctica habitual en Él (cf. *Mc* 1,35; 14,39; *Mt* 14,23; *Lc* 6,12; 9,18, *Jn* 6,15);
- **prácticas ascéticas y austeridad de vida** → en los evangelios, el Señor Jesús no es presentado de modo principal como un modelo de asceta o como alguien que sea reconocido por el rigor de su austeridad; más bien, estas dimensiones parecen situarse en el plano de la “normalidad” de la vida de un artesano de un pueblo de Galilea, que ha elegido voluntariamente permanecer siempre junto a los pobres y sus condiciones de vida; es decir, el Señor Jesús no es presentado como alguien que –en nuestro lenguaje actual– “busca progresar” económicamente. Sin embargo, también en los textos evangélicos y en el conocimiento del entorno sociológico es posible reconocer que se trata de una vida marcada por condiciones de mucha sobriedad y, aún en ciertos casos, de condiciones duras y difíciles (cf. *Lc* 9,57-58), así como el dominio de sí mismo que implican sus vigiliarias orantes y su trato con diversos tipos de personas;
- ciertas **formas rituales**, comprendidas como prácticas religiosas y/o espirituales → es el mismo Señor Jesús quien les enseña modos de orar (cf. *Mt* 6,5-15; *Lc* 11,1-13) y establece ciertas prácticas rituales para sus discípulos (las principales: el bautismo, la eucaristía; *Mt* 28,19-20; *Mc* 14,22-25);
- **docilidad a un maestro espiritual** → en su vida, el Señor Jesús todo lo refiere al Padre que lo ha enviado (cf. *Jn* 14,11) y en la total obediencia a Él (cf. *Jn* 5,19; 6,38) y, a su vez, es el único Maestro en la comunidad de los discípulos, a los cuales confía su enseñanza (cf. *Mc* 3,13-15; 4,33; *Lc* 9,1-6; *Jn* 13,12-15);

- centralidad del **elemento místico** → en el Señor Jesús todo está centrado en la participación en el amor del Padre que se manifiesta en el Hijo por la fuerza del Espíritu; este don salvífico es el que en el Hijo se ofrece a todos: “*ese día comprenderán que yo estoy en mi Padre y ustedes en mí y yo en ustedes*” (Jn 14,20).

Puesto que es el Verbo encarnado, su Persona es única y universal; así, viviendo históricamente en una cultura –pues “por su encarnación se unió a las determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió” (AG 10)– no se identifica con ninguna de ellas y es –al mismo tiempo– la medida de todas las culturas. Del mismo modo, viviendo su particular vocación mesiánica, no se identifica con ninguna vocación específica de su seguimiento, pero es la medida y la forma modélica de todas ellas. La Palabra hecha carne se manifiesta en cualquier forma de vida, la asume y la ama hasta el extremo, pero permanece siempre diferente: es el “absolutamente Otro”.

En el **camino del Siervo**, el Señor Jesús nos abre una vía para seguirlo, amando y viviendo con pasión nuestra vocación específica al servicio de la vocación divina del hombre: la libertad del amor.

García M. Colombás recoge –de modo sintético– lo que califica como “*la larga y reñida controversia en torno a los orígenes del monacato cristiano*”<sup>5</sup>, señalando que hasta el presente no ha sido demostrada una influencia decisiva de otras religiones o de las diversas escuela filosóficas de la antigüedad en el nacimiento del monacato cristiano; al mismo tiempo, deja –en cierto sentido– cerrada la discusión al señalar que “*ni es probable que pueda descubrirse en el futuro*”<sup>6</sup>. De esta manera, afirma:

“*El monacato cristiano no es hijo de padres judíos o paganos. Es un producto esencialmente doméstico. Sin embargo, no deben subestimarse en modo alguno los estímulos que recibieron los primeros monjes de parte de otras corrientes ascéticas y místicas, ni la poderosa ayuda que el nuevo monacato supo encontrar en las escuelas filosóficas griegas al elaborar su propio cuerpo de doctrina*”<sup>7</sup>.

5 G. COLOMBÁS, *La tradición benedictina. Ensayo histórico* (Monte Casino, Zamora 1989), vol. I, p. 89.

6 *Ibid.*

7 G. COLOMBÁS, *La tradición...* 89 – 90.

Entonces, en esta perspectiva, la relación entre el acontecimiento del Señor Jesús y la vida monástica puede ser comprendida en dos niveles complementarios:

- En el ámbito de las relaciones entre naturaleza y gracia, pues la vida monástica desde sus manifestaciones anteriores al cristianismo expresa positivamente la radicalidad de la experiencia del ser humano en la búsqueda de Dios, viniendo a ser una manifestación muy significativa del *homo naturaliter religiosus*, en la cual la experiencia cristiana encuentra un *humus* también adecuado para vivir la radicalidad de una opción por el Reino de Dios (cf. *Mt* 6, 33), propia de la experiencia cristiana. Estamos, pues, ante una expresión precisa –según la fórmula tomista– de la gracia que no anula la naturaleza, sino que la presupone, la sana, la perfecciona y la eleva en orden a su fin último sobrenatural<sup>8</sup>; lo cual significa el reconocimiento de la bondad propia de las diversas tradiciones monásticas, las cuales –como toda dimensión humana– necesitan ser sanadas por la gracia y son perfeccionadas en la obra de la gracia que es la experiencia monástica cristiana “al modo como una perfección presupone lo que es perfectible”<sup>9</sup>, puesto que todo puede ser salvado por la gracia –salvo el mal en sí mismo– y ser apto para constituirse en instrumento de salvación.
- En el ámbito de la ejemplaridad propia del carácter modélico del Señor Jesús y sus enseñanzas en el camino de una vida monástica sostenida por la gracia para vivir la pasión por el Reino. Es decir, el monacato en el cristianismo es una de las formas de vida en que la persona que ha sido alcanzada por el Señor Jesús se dispone para seguirlo radicalmente en una *metanoia* permanente en el camino del Siervo.

De esta manera, no se trata sólo de una ejemplaridad externa, sino de una realidad que es interiormente modélica, es decir, es un camino de configuración con el Señor Jesús, Siervo entregado y glorificado: **es una vida en Cristo, por obra del Espíritu Santo**, que camina en medio de este mundo en un modo –la vida monástica– que tiene la capacidad de ser una tierra de encuentro con muchos

8 S. Th. I, q. 1, a. 8, ad 2, en TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* (BAC, Madrid 1947) vol. I, 74.

9 S. Th. I, q. 2, a. 2, ad 1, en TOMÁS DE AQUINO, *Suma...* 117.

otros hombres y mujeres que –desde sus propias tradiciones religiosas– consagran de una manera radical sus vidas a la búsqueda de Dios.

*Parroquia Nuestra Señora de Fátima*  
*Casilla 35 - D*  
*Punta Arenas*  
*CHILE*

## **Bibliografía**

- García M. COLOMBÁS, *La tradición benedictina. Ensayo histórico* (Monte Casino, Zamora 1989) vol. I, cap. 2, pp. 85–132.
- García M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo* (BAC, Madrid 1974), vol. I, cap. 1, pp. 9–44.
- Enrique CONTRERAS – Cristián ISLA CASARES, “*El seguimiento de JesuCristo. Las primeras comunidades cristianas. Las vírgenes y los ascetas cristianos*”, en Cuadernos Monásticos 95 (1990), pp. 493–512.
- CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la Iglesia “*Lumen gentium*” (1965).
- CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia “*Ad gentes*” (1965).
- IRENEO DE LYON, *Contra los herejes*. Edición preparada por Carlos Ignacio González (Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, Universidad de San Marcos, Lima, 2000).
- TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* (BAC, Madrid 1947), vol. I.